

Cincuenta números UNA pta.

Redaccion y Administración: AIRE, 32

No se devuelven los originales

La Iglesia católica y la clase trabajadora

I

—¿Qué ha hecho la caridad en veinte siglos cristianos por los trabajadores? Esto pregunta un periódico republicano, aludiendo, cierto, a la Iglesia católica, que precisamente lleva existiendo esos mismos veinte siglos.

¿Qué ha hecho la Iglesia? ¿Qué obras realizó o inspiró y bendijo en beneficio de los pobres, de los humildes, de los populares, de los trabajadores?

Lo primero que hizo la Iglesia fué santificar y ennoblecer el trabajo y elevar a las más altas cumbres de la jerarquía social al trabajador; y por la caridad que predica la Iglesia se vió en el mundo a las majestades de la tierra sirviendo a los pobres y desvalidos, como nuestros San Fernando o San Luis de Francia o Santa Isabel de Hungría, y a los pobres, hijos de siervos, dictar leyes y tener en su obediencia a las potestades del mundo, como desde la cátedra de Pedro a Sixto V, pastor de rebaños en Arcoli, o el gran Hildebrando, hijo de un humilde artesano, y del cual decía Napoleón Bonaparte que, de no ser Napoleón, hubiera querido ser Hildebrando (en la serie de los Papas, Gregorio VII); o Adriano IV, mendigo en su infancia, y que, antes de ser elegido Sumo Pontífice Romano, regentó a España en nombre de Carlos V.

Lo que hizo la Iglesia, apenas nacida, fué asestar golpe de muerte a la esclavitud, y al fin abolirla; en el segundo siglo cristiano, Hermes, prefecto o gobernador de Roma, se convierte al cristianismo, y lo celebra dando libertad a 1.250 esclavos suyos; por el mismo motivo, el patricio Cromacio emancipa 1.400, y Melania, dama romana que hoy veneramos en los altares, liberta a 8.000. Y cuando los bárbaros conquistan la tierra, la Iglesia hizo que el vencido no fuera esclavo, sino *liberto*; no como *alio persona*, a que debe protección el vencedor, el señor.

La Iglesia *humaniza el trabajo*, impone el descanso dominical, y el señor o amo que en domingo o día de fiesta religiosa hace trabajar a su siervo en trabajos serviles, no exceptuados por la ley de Dios o los eclesiásticos, pierde el siervo, porque éste quedaba libre *pro facto*.

La Iglesia *humaniza el comercio*, impone el pago al contado, y lanza anatema contra el usurero—como D'Epínay—y contra el que vende al fado a más alto precio que el corriente y al contado; y contra los que prestan con pacto de retro, y contra el

acreedor que tiene en su poder una prenda inmueble cuyos frutos hace suyos sin indemnizar al dueño.

El historiador Volz (*Hist. de la Agric. Leipzig*, pág. 158), afirma que en los monasterios fué en donde principió a practicarse la fecunda ley económica de la división del trabajo: la agricultura, perfeccionada, es obra de los monjes, dice Roscher (*Rev. de Cien. polít.*, pág. 305); y bien sabido es que en las iglesias y en los conventos nacieron la escuela y la biblioteca; y que a los Prelados y Pontífices, más que a nadie, deben su fundación las grandes y primitivas Universidades europeas de París, Roma, Bolonia, Ferrara, Salamanca, Oxford, Cambridge, Aberdeen, Praga, Tolosa, Lovaina, Viena, Ingostan, Aviñón, Basilea, Coimbra, Alcalá... ¡en donde tantos pobres, hijos de pobres, recibieron gratuitamente educación y enseñanza, la ciencia que los hizo virtuosos, sabios, poderosos, ricos y famosos en los anales patrios. ¿Quién lo pondrá en duda sin declararse ignorante?

Dos escritores republicanos, extranjero el uno, M. De Laboulaye, y español el otro, el Sr. Azcárate, dan testimonio. M. De Laboulaye (*Hist. de la Prop.*, libro VI, capítulo XV), dice: «Es injusto atribuir a la astucia y a la seducción de la Iglesia la acumulación de bienes, que hizo del clero católico el primer Cuerpo del Estado; es deber del filósofo hacerse superior a estas preocupaciones del vulgo y hacer justicia a virtudes (del clero) que se menosprecian hoy demasiado. Como agricultores y como sabios (esto es, como trabajadores y como hombres de ciencia) los monjes han sido nuestros primeros maestros; y si en nuestras ciudades se levantan monumentos a los promotores de la civilización, el primero, el más bello, pertenecerá de derecho a los religiosos Benedictinos.

El Sr. Azcárate dice así (*Ensay. sobre la Hist. del dcho. de prop.*, tomo II, capítulo 14, pág. 199): «El cristianismo fué constantemente una protesta contra el feudalismo «al afirmar en principio el dogma de la igualdad entre todos los hombres al mantener enfrente de la curia, por la igualdad eclesiástica, *abierta hasta los más humildes*, al libertar el poder inhumano de variedad el de *unidad*, representado por el Pontificado, y al constituir la legislación canónica en un código de derecho común».

II

¡Pues todavía hizo más la Iglesia desde los remotos siglos de la Edad Media por las clases obreras!

«La emancipación económica del trabajador—ha dicho el Sr. Sanz y Escartín—o sea la seguridad de obtener por (y con) su labor lo necesario para vivir una vida humana y en armonía con el progreso de los siglos, es el más firme cimiento de la obra de reforma social que el presente estado de la sociedad reclama.»

Esta emancipación del obrero y esta seguridad de su trabajo y remuneración las procuró y consiguió la Iglesia por medio de la corporación de las agrupaciones de labradores y de artesanos.

«Las Asociaciones o gremios de obreros (dice el Padre Liberatore: *Econom. Polít.*, apéndice, pág. 355), brotaron entonces del sentimiento religioso y de la mutua benevolencia. Nacían y tenían su base en la Cofradía...; tenían sus fiestas, sus ejercicios piadosos, sus obras de misericordia...; cada gremio estaba bajo la protección de un santo (los carpinteros tenían por patrón a San José, los músicos a Santa Cecilia, los zapateros a San Crispín...); llevaban pintado en el pendón gremial...; cada gremio se componía de tres órdenes: *maestros, compañeros y aprendices*, jerarquía que mantenía la pericia en las artes y la pureza y bondad en los productos. (Pueden verse las *Ordenanzas gremiales* en la *Rev. mens.*, tomo XXVIII, número 2, pág. 143.)

Las huelgas no se conocían entonces; los salarios, los precios de los géneros, las horas de trabajo estaban reguladas por tribunales formados con los mismos obreros; la falsificación en las mercancías era imposible en aquella organización, por lo fácil de descubrirla y el interés que tenían todos los gremios en castigarla con graves penas...»

Hoy se afanan todos por formar Agrupaciones de oficios, Sociedades y Federaciones obreras, sin poder conseguir nada de lo que consiguió la caridad cristiana, la Iglesia católica con aquellas santas agrupaciones de oficios, que la revolución destruyó en nombre—dicen—del progreso. (¡)

Hoy no hay paz, sino guerra; cuanto más fuerza adquiere la Asociación socialista, cada vez son más frecuentes, numerosas, nutridas y extendidas las huelgas y mayor y más honda la discordia aun entre los mismos obreros: el trabajo es más inseguro y el salario más discontinuo y disminuido; las simulaciones de falsificación de productos son hoy muy generales y corrientes. ¡Es el obrero el que el obrero no tiene el ejemplo del santo de su oficio, ni la protección que no hay caridad porque no se quiere oír y obedecer a la Iglesia de Dios!

En esta rebeldía, en este insensato apartamiento de la doctrina católica y olvido de la caridad cristiana, está el secreto de la lucha de clases, del aumento de pobres, de la mayor pesadumbre del trabajo, de la carestía en el vivir, de la corrupción de las costumbres de la ignorancia de la mala fe, de todo cuanto envilece a la sociedad moderna y hace desgraciados a los hombres en esta sociedad moderna.

MANUEL S. ARSENSIO

A Maria Inmaculada en su gloriosa Asunción

¿Quién es esa paloma inmaculada que entre nimbos de luz y de querubes se levanta más bella que la aurora entre ondulantes y rosadas nubes?

¿Quién es ésta, que sube del desierto cual columna de inciensos orientales más brillante que el sol cuando amanece derramando fulgores celestiales...?

...Es la Pura, la hermosa, la escogida, la del Cielo delicia y alegría, la que Dios llama Esposa en sus cantares, es la Virgen, la dulce Madre mía...

¿Hacia dónde dirige el raudal vuelo esta blanca paloma encantadora cuyos rizos de espléndida belleza con suaves reflejos el sol dora...?

Entre cantos dulcísimos que entona en su arpa el Querube enamorado, a los Cielos la Virgen se dirige apoyada en el brazo de su Amado...

Entreabrese se ven los claros cielos, y se escucha la suave melodía que los coros angélicos dedican a su Reina adorada que es María.

M. DE JESÚS

La careta de la caridad

Es vieja la costumbre y vieja la repugnancia que justamente inspira a los católicos, y las censuras que en contra han formulado sus publicistas. Eso de recaudar fondos benéficos organizando corridas de toros, espectáculos teatrales, kermeses y cualquier género de diversiones, podrá dudarse de si es práctico y efectivo, mas no cabe duda que es sarcástico é inmorál.

Selgas, en una de sus criticas magistrales de la sociedad liberal, pinta una fiesta benéfica. Con pretexto de ella los concurrentes gozan más o menos inocente y aun decentemente, abusando de la caridad como «tercera».

Se apaganon las luces del salón, se marchitaron las flores de la fiesta, se disipó la última carcajada y espiraron las últimas notas de la orquesta.

Al día siguiente los organizadores, generalmente «organizadores», vuelven a reunirse, lacias, agotadas...

Unos cuantos billetes amontonados sobre un velador presentan los organizadores a la caridad. «¡Qué caridad!», suena un campanillazo y dos y tres... y un campanillazo más y tres y cuatro... con «facturas»: la del buffet, la de la luz, la de las flores, la de la música... Y el fajo de billetes empieza a disminuir en número despavorido.